

A buen resguardo

I

Nada del otro mundo. Todo.
La luz abrió de par en par
sus puertas
cuando quería seguir durmiendo,
seguir siendo mujer,
sumergida en este sueño
grave, ensombrecido,
en dirección contraria al día.
Vi venir una dorada catarata
hacia mi boca.
No era líquido el sabor.
Era polvo cristalino,
palabra
nunca vista,
aurora.
Nuevo el peso,
nuevo el brillo.
Regalo de bodas colectivas,
paraíso en la manzana
de la ciencia,
jugo verdadero,
gozo a tiempo.
No hubo hambre,
fuerzas,
equilibrio.
Ningún robo,
ninguna petición,
ningún destino.

II

Nada del otro mundo.
Un sonido a ratos seco,
metálico, de goma a ratos,
ha poblado la mañana desde entonces.
Ha opacado poco a poco
cantos de pájaros diversos,
graznidos, cuervos
llenos de costumbre,
viento entre los setos,
esperanza vegetal.
La gente ha seguido conversando,
la aquiescencia y el rechazo
han continuado.
Un hombre coloca con minucia
inagotable
una teja y otra en el techo
del hogar.
Debe ser el dueño.
Su tarea es como ninguna,
puntual, deseosa, irrefrenable.
Aquel sonido no parece tener eco,
va en su busca, *en busca de la aurora.*
Los que viven
debajo,
si viven,
pondrán tiempo
a los ires y venires
de las voces que rebotan,
de sí mismas se alimentan
bajo techo.

III

El dueño se ha dignado sonreírme.
La luz, el oro de sus dientes,
me ha cortado el habla de raíz.
A buena hora, diría si pudiera,
a buen resguardo.◇